

## HUELLAS DEL NÁHUATL EN EL CASTELLANO DE MÉXICO

A la llegada de los españoles al territorio, que hoy se llama México, el náhuatl era una de las lenguas predominantes en el Nuevo Mundo. Era empleada por los mexicanos o culhuas, los tezcocanos, tepanecas, xochimilcas, chalcas, huexotzincas, tlaxcaltecas, tlahuicas, cholultecas, chalmecas, olmecas y varias tribus de origen chichimeca.<sup>1</sup> Por el dominio y preponderancia que adquirió la tribu llamada mexicana, y al formar un vasto imperio, se llamó mexicano al idioma náhuatl, porque lo usaban las tribus nahuatlaca (gente de habla náhuatl) procedente de Aztlán.

Según Pedro Henríquez Ureña, la zona lingüística española que se extiende desde el sudoeste hispánico de los EE.UU. hasta el istmo de Panamá, se caracteriza por un gran léxico de origen náhuatl: “Nada revela tanto la fuerza dominante del náhuatl como la condición de localismo a que ha reducido las palabras derivadas de otras lenguas de Méjico; mientras el náhuatl impone su vocabulario en todo el territorio del antiguo virreinato y lo extiende a Centro América —sin contar los aztequismos que pertenecen ya al español general, como *cacao*, *chocolate*, *hule*, *jícara*, *petaca*, *tiza*, *tomate*— muy pocos indigenismos de otras procedencias mejicanas logran traspasar fronteras provinciales”.<sup>2</sup>

La lengua nahua, como sustrato del castellano de México, contiene manchas muy visibles del idioma de los vencidos aztecas en la lengua de los invasores y conquistadores españoles. Al conquistar a México, los españoles encontraron allí numerosas frutas desconocidas para ellos, cuyos nombres

---

<sup>1</sup> Véase Ignacio Alcocer, *El español que se habla en México; influencia que en él tuvo el idioma mexicano o náhuatl; traducciones de asuntos desconocidos de los códices de Sahagún en mexicano*. Tacubaya, D.F., Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Publicación núm. 20, 1936, pág. 3.

<sup>2</sup> *El Español en Méjico, los Estados Unidos y la América Central*; trabajos de E.C. Hills, F. Semeleder, C. Carroll Marden, M. G. Revilla, A. R. Nykl, K. Lentzner, C. Gagini y R. J. Cuervo, con anotaciones y estudios de Pedro Henríquez Ureña. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de B.A., Instituto de Filología, Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, t. IV, 1938, págs. IX–XIV. Las otras procedencias mexicanas, según P. Henríquez Ureña, son: el otomí en la altiplanicie central; el maya en Yucatán; el tarasco en Michoacán; el zapoteca y el mixteca en Oaxaca; el huasteca en las Huastecas potosina y veracruzana; el cahita en Sinaloa y en el Sur de Sonora; el yaquí en Sonora y el tarahumara en Chihuahua y en Durango.

entraron desde luego al vocabulario cotidiano español, como, v.gr.: aguacate, jitomate, camote, cacahuate, etc. El conquistador enriqueció considerablemente su léxico con voces nahuas correspondientes a productos, cosas y artes que España no tenía, por ejemplo: comal < *comalli*, disco de barro para cocer tortillas; metate < *métatl*, la piedra con tres patas para moler; tenemaste < *tenamaztli*, una de las tres piedras en que se coloca el comal; metlapil < *metlapilli*, la mano de piedra para moler sobre el metate; nixtamal < *nextli-tamalli*, el maíz cocido con cal para hacer tortillas; machihuez < *machihua*, hacerlo en las manos (de *maïtl*, mano y *chihuaz*, futuro de *chihua*, hacer): en el castellano de México quiere decir el agua en que la tortillera se enjuaga las manos para facilitar extender la masa de la tortilla; testal < *téxtatl*, *textli*, masa de harina; apaste < *apaztli*, lebrillo de barro; tenejal < *tenextli-xalli*, asientos de la cal con que se cuece el maíz, y muchos más.

Las mujeres mexicanas usan todavía en sus labores domésticas multitud de objetos de arte indígena, tales como *metates*, *molcajetes* (morterito de piedra o de barro), *metlapiles* (cilindro para moler el maíz), *tejolotes* (mano de piedra del mortero), *zacuales* (vasijas en el Estado de Jalisco), etc. En las comidas se sirven muchos platillos —y hasta en los EE.UU.— cuyos nombres revelan palabras de origen nahua, tales como: *chiles* rellenos, *enchiladas*, *chilaquiles*, *mole*, *chimole*, *pozole*, *atole*, *guacamole*, *guachinango* (especie de pez), *tamales*, y otros más. “Son tan abundantes las palabras de origen náhuatl en el español de México —dice Dávila Garibi<sup>3</sup>— que casi no hay conversación familiar en que no se deslicen varios aztequismos, las más veces, sin que el que los dice, ni el que los oye, puedan darse cabal cuenta de ello, debido a la costumbre que tenemos de emplearlos a toda hora”.

Los cantares, canciones, sones, rancheras, jarabes y corridos populares mexicanos contienen innumerables voces y refranes de origen azteca; lo mismo sucede en los libros de historia mexicana. Allí se lee, por ejemplo, que los toltecas inventaron el *tonalámatl* o calendario ritual, que el *teamoxtli* es libro divino de su historia, y que el *neuctli* era el néctar de los dioses, llamado, más tarde, por los españoles pulque. Se emplean voces nahuas para la designación de muchas plantas que se cultivan en México, la flora, la fauna, los mariscos del mar, los gusanos, las aves, los insectos, las mari-

<sup>3</sup> Dávila Garibi, José Ignacio, *Del Náhuatl al Español*, Tacubaya, D.F., Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1939, pág. 19.

posas, los cuadrúpedos, etc. “Tampoco es posible estudiar la legislación prehispánica de México —afirma Dávila Garibi<sup>4</sup>— sin tener que emplear con relativa frecuencia vocablos nahuas”. De acuerdo con varios autores, especializados en la materia, la abundancia de voces nahuas son como sal y pimienta del lenguaje popular mexicano de nuestros días.

Nombres geonímicos de origen azteca pululan en el Distrito Federal y en los Estados de México, Hidalgo, Morelos, Tlaxcala y Puebla, en los cuales existen todavía poblaciones en donde el náhuatl es de uso corriente entre los naturales<sup>5</sup>. Ejemplos: Atzacapotzalco, Coyoacán, Xochimilco, Tlalpan en el Distrito Federal; Acolman, Texcoco, Chalco, Tlalnepantla, Zumpango en el Estado de México; Tula, Zempoala, en Hidalgo; Tepotzlán, Yautepec en Morelos; Actopan, Mazapiltec, Zoquiapan en Puebla; y Contla, Tecolocholco, Xaloxtoc en Tlaxcala. En otros Estados de México se encuentran también nombres geonímicos de origen azteca, v.gr. Jalapa, Atoyac en Veracruz; Coxcotlán, Xilitla en San Luis de Potosí; Autlán, Zacoalco en Jalisco, y otros.<sup>6</sup>

Numerosas voces nahuas fueron trasladadas al español por necesidad. Los conquistadores encontraron en México animales, flores, plantas medicinales, religión, música, folklore y comestibles que no tenían en España, y era necesario “trasplantarlos” al castellano. Esos vocablos se popularizaron rápidamente; empero, para llegar a la forma que actualmente tienen, sufrieron aféresis, síncope, apócope y metátesis.<sup>7</sup> Algunas palabras de origen náhuatl

<sup>4</sup> Dávila Garibi, *op. cit.*, pág. 54.

<sup>5</sup> No tenemos datos estadísticos de las últimas décadas acerca del número de hablantes. El censo de 1921, con correcciones hasta 1927, demuestra que de 14.334.780 habitantes mexicanos en aquella época, 471.669 eran de habla náhuatl, ignorando por completo la lengua española; la hablaba, además, un número aproximadamente igual de indios que sabían español. Con relación a los censos anteriores a 1921, las lenguas indígenas (el náhuatl, el otomí y otras) revelan disminución en conjunto. En 1872 —según Eufemio Mendoza— de una población mexicana inferior a diez millones, un millón de indios era de habla náhuatl. En 1864, Manuel Orozco y Berra contaba en México 120 idiomas vivos, dando información acerca 72 ya extintos en aquella época.

<sup>6</sup> Una extensa lista de nombres geonímicos de origen nahua se encuentra en *Del Náhuatl al Español* de J. I. Dávila Garibi, *op. cit.*, págs. 112-114.

<sup>7</sup> Dávila Garibi, *op. cit.*, pág. 148, y Manuel Orozco y Berra, *Geografía de las lenguas y Carta etnográfica de México, precedidas de un ensayo de clasificación de las mismas lenguas y de apuntes para las inmigraciones de las tribus*, México, 1864, donde se lee lo siguiente (pág. 150): “La lengua española, última introducida en nuestro país, tiene ya bien marcadas las señales de su predominio. ... Por regla general los nombres de los pueblos no han cambiado, conservándose en los idiomas de las naciones que los impusieron. Sin embargo, han sido más o menos estropeados por el uso, ya en perder o mudar algunas letras o sílabas, como Tetzco, Coliman, Cuitlahuac, convertidos en Tezcoco, Colima,

han sido incorporadas en los vocabularios de diversos idiomas del mundo, pero han tenido que conformarse a la fonética evolutiva de cada lengua, conservando, sin embargo, la raíz nahua, como v.gr.: zapote < tzapotl en náhuatl, significando árbol de la familia de las ebenáceas, de fruto comestible, que dio en italiano *sapotiglia*, en francés *sapote*, en portugués *sapotilha*, en alemán *sapotilla-baum* y en inglés *sapota-tree*.

Las obras de los mejores escritores mexicanos están impregnadas de nahuatlismos: Azuela, Vasconcelos, Guzmán, entre muchos otros, emplean constantemente voces nahuas en sus libros, ensayos y cuentos.<sup>8</sup>

Sobre la expansión del náhuatl en el pasado, en el territorio llamado hoy México, nos habla Orozco y Berra en su *Geografía de las lenguas*.<sup>9</sup>

Curiosa e interesante es la afirmación de Darío Rubio:

“...si desaparecieran del lenguaje español, que hablamos los mexicanos, todas las voces en dicho lenguaje incluidas y que tienen su origen en el idioma náhuatl, (hay que tomar también en consideración las voces con origen en otras lenguas indígenas mexicanas incluidas igualmente en el español que

---

Tlahuac; ya en ofrecer distintas terminaciones a ejemplo de Tollantzinco, Huexotzinco, Tepenenetl, ahora Tulancingo, Huejocingo, Tepenene; ya en fin separándose de sus raíces primitivas para tomar letras y formas españolas, como Tlacopan convertido en Tacuba. Nombres hay tan estropeados que apenas pueden ser reconocibles; así un extranjero no podría distinguir en Cuernavaca, Orizava y Churubusco, que se trata de las poblaciones mexicanas de Quauhnahuac, Ahuilitzapan y Huitzilopochco. “En cuanto a los nombres personales, los escritores antiguos los escribieron en varias formas, como ocurre v.gr. en los nombres de monarcas aztecas: A Huitzilihuitl le llamaban los escritores Vitzilonuitl, Vicilivici, Vitzilohuite, Huitzilihuici, etc., a Motecuhzoma: Mateczuma, Mutecuma, Muteczuma, Montezuma, etc. Véase también Dávila Garibi, *op. cit.*, pág. 141. Afirma el Dr. Alcocer, *op. cit.* pág. 17: “Grande es la alteración que hacen los primeros escritores sobre los nombres propios, a tal grado, que hay casos en que mucho se dificulta o se hace imposible su identificación correcta. Se suele encontrar esta deficiencia ortográfica sobre todo en las primeras *Cartas de Relación* escritas por Cortés... y en Bernal Díaz que escribió cincuenta años después de lo sucedido”.

<sup>8</sup> Véase las varias ediciones de los 4 tomos autobiográficos de José Vasconcelos: *Ulises Criollo, La Tormenta, El Desastre y El Proconsulado* y varios de sus cuentos; *Los de abajo* de Mariano Azuela; Martín Luis Guzmán: *El águila y la serpiente, La sombra del caudillo, Memorias de Pancho Villa* (varias ediciones) y otros más, cuyos nombres no caben aquí por falta de espacio.

<sup>9</sup> *Op. cit.*, págs. 14-15: “La lengua mexicana pura o en sus varios dialectos, se derramó, en tiempos remotos en un espacio inmenso... En los Estados de Sonora y de Chihuahua, de Durango y aun de Coahuila, se encuentran esparcidos nombres mexicanos... Más al sur dejó su huella en el Nayarit. En el terreno en donde domina, ha borrado del todo los pueblos que en sus conquistas avasalló, dejando apenas rastros imperceptibles del habla de los habitantes... El mexicano volvió a estamparse sobre todo en los objetos físicos de los Estados de Oaxaca, de Tabasco y de Chiapas, aparece como dominador en el Soconusco, e internándose en Guatemala se derrama muy a lo lejos”...

en las regiones respectivas se habla), se produciría un caos verdaderamente horrible por la situación en que tal desaparición hubiera de colocarnos... En cambio, si cayeran en desuso o en olvido absoluto todos los refranes españoles que corren entre nosotros, nada perderíamos, nada tendríamos que lamentar ni que extrañar, porque la paremiología mexicana, tan copiosa y admirable como expresiva y pintoresca, encierra todo cuanto nuestro pueblo necesita para la manifestación de sus costumbres, de sus tendencias, de sus doctrinas, de su experiencia, de su sabiduría"<sup>10</sup>.

A nuestro juicio, es una exageración; sin embargo, refleja un punto de vista muy interesante por parte de varios mexicanos, peritos en la materia.

La influencia del náhuatl se extiende más allá de las fronteras de la República Mexicana. El Dr. A. Espinosa recoge unos setenta y cinco aztequismos en el habla española de Nuevo México,<sup>11</sup> sin contar los nombres nahuas de platillos mexicanos que se sirven en Texas, Arizona, California y otros Estados de los EE.UU. Nombres geonímicos de origen azteca se encuentran en muchos lugares de América Central.<sup>12</sup> Idénticos aztequismos se advierten en México y en Costa Rica,<sup>13</sup> tales como: *ahuizote* por sortilegio o espanto, *cacalote* por maíz tostado, *camote* por cariño, *pepenar* por recoger, *macatazo* por latigazo y otros más. El sufijo *-eco*, de origen náhuatl, se ha ex-

<sup>10</sup> Darío Rubio, *Refranes, Proverbios, Dichos y Dicharachos Mexicanos*. 2ª ed., 2 tomos, México, D.F., Ed. A. P. Márquez, 1940, t. I, págs. XXII-XXIII.

<sup>11</sup> Pedro Henríquez Ureña, *op. cit.*, pág. XIV.

<sup>12</sup> Alberto Membreño, *Nombres geográficos indígenas de la República de Honduras*, Tegucigalpa, 1901. Sobre Guatemala, véase Manuel Orozco y Berra, *op. cit.*, págs. 86-87: "se descubren nombres de la lengua mexicana, reconocibles distintamente los unos, estropeados los otros, y todos mezclados con los de muchos idiomas que en el país se encuentran... Zapote y Chichicastle, ... Xocochocho... Ometepe, que no es otro que el mexicano *Ometépec*... El departamento de la Verapaz, al que los españoles dijeron Tierra de guerra, tenía el nombre mexicano de *Tezulatlán*... Las palabras aztecas se extienden por todo el depto. de Quesaltenango... predominan en Sololá, Sacatepeques, Chiquimula y Guatemala... Se leen algunos en Honduras, gran número en el Estado de San Salvador, antes conocido por provincia de Cuscatlán, y viene a terminar en Nicaragua".

<sup>13</sup> Interesantes detalles acerca de aztequismos en México y en Costa Rica se encuentran en Augusto Malaret, *Diccionario de Americanismos* (varias ediciones): la 3ª ed., Buenos Aires, Emecé, 1946, contiene una copiosa bibliografía lingüística; en Salesiano (seudónimo), *Vocabulario de Palabras, Modismos y Refranes Ticos*, Cartago, Costa Rica, 1938; en Carlos Gagini y Rufino José Cuervo, *El español en Costa Rica*, en "Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana", t. IV, *op. cit.*, págs. 235-276. Voces nahuas, con sufijos *li*, v.gr. *atolli*, *pinolli*, *pozolli*, que se pronuncian en el castellano de México *atole*, *pinole*, *pozole*, en Costa Rica pierden la *e* final: *atol*, *pinol*, *pozol*. A veces se advierte un cambio de significado: *aguacatero*, en México quiere decir el que vende aguacates, en Costa Rica, persona hambrienta, etc.

tendido por los países centroamericanos: *cuzcateco*, *yucateco*, *sonsonateco*, *patueco*, *santaneco*, etc.<sup>14</sup>

Afirma P. Henríquez Ureña<sup>15</sup> que el hispano-náhuatl en la América Central sirve como *lingua franca* entre las tribus indígenas que ignoran los idiomas de sus vecinos y que tampoco hablan español.

El castellano de México se caracteriza no sólo por su copioso léxico de origen nahua, sino también por sus fonemas peculiares y por la entonación indígena.<sup>16</sup> Son muy semejantes las curvas melódicas con que se habla allí el náhuatl y el español, con su típica cadencia final. En la extensa altiplanicie del centro de México se hace escaso gasto de aire al emitir los sonidos. El ritmo del hablante es lento y su tono agudo, lo que produce como resultado una corriente fónica delgada, suave y serpeante. La clase popular conserva la misma entonación en las dos lenguas, mientras que en las clases cultas y educadas, el matiz local se atenúa un poco; sin embargo, la cadencia final de la frase enunciativa mexicana difiere mucho de la española de Castilla.

Los vocablos nahuas se popularizaron fácilmente en el castellano de México porque los sustantivos comunes de la lengua indígena pasaron de una manera sencilla, regular y uniforme al idioma que introdujeron los conquistadores españoles. Esos sustantivos comunes se trasladaron de acuerdo con la fonética del romance y han quedado en el vocabulario de México en base firme, v.gr.: *atole*, *pinole*, *pozole*, *otate*, *petate*, *tecomate*, *olote*, *tecolote*, etc.

Muchos geonímicos terminados en la preposición *c* (indica localidad "en") quedaron suavizados con la adición de una *e*, pero fué necesario cambiar la *c* por *q* seguida de *u*. De este cambio ortográfico tenemos los nombres: *Atiztaque*, *Atemaxaque*, *Huitzilaque*, etc.<sup>17</sup> Lo mismo pasó con los de sufijo *tepec*: *Tochtepec*, *Toltepec*, *Tzitlaltepec*, que dieron: *Tuxtepeque*, *Toltepeque*, *Zitlaltepeque*, etc. Sin embargo, en el Estado de Jalisco, una *t* eufónica se interpuso entre la primera vocal del sufijo y la *c*: *Itepetque*, *Huilotepeque*, etc.

<sup>14</sup> Gagini y Cuervo, *op. cit.* pág. 236. Véase también Dávila Garibi, *op. cit.*, pág. 136.

<sup>15</sup> *Op. cit.*, pág. 325. Afirma Henríquez Ureña: "En Nicaragua, el hispano-náhuatl sirve, no sólo de *lingua franca*, sino también como órgano de expresión de una literatura elemental. A esa literatura pertenece la comedia-baile *El güegüence (El danzarín)*". Esa comedia-baile fue publicada por el eminente filólogo Daniel Garrison Brinton, con traducción al inglés, prólogo y notas en Brinton's *Library of Aboriginal American Literature*, t. III, Philadelphia, 1883.

<sup>16</sup> *Ibid.*, págs. XIV-XVI y 335.

<sup>17</sup> Consúltese Dávila Garibi, *op. cit.*, págs. 143-149.

En los sustantivos comunes, hubo un gran número de ellos que fueron adaptados de acuerdo con la índole del idioma castellano y la ley del menor esfuerzo: *metatl*, *otatl*, *petlatl*, etc., dieron: *metate*, *otate* y *petate*, porque la africativa *tl* no se emplea en posición final en ningún vocablo. Lo mismo sucedió con la terminación *i* en *atolli*, *pinolli*, *pozolli*, *chilli* que cambiaron en *atole*, *pinole*, *pozole*, *chile*. Claro está que hay muchas excepciones, puesto que no sólo es la terminación la que gobierna el cambio ortográfico, sino también diferentes factores que tienen influencia en el vocablo, v.gr. el uso: *Yautepec*.

El castellano de México registra también palabras compuestas nahua-castellanas, v.gr.: *Atotonilquillo*, *Jalisquillo*, *Mexiquito*, y algunos compuestos híbridos, una de cuyas raíces es nahua y la otra castellana: *santoscal* (oratorio) < del castellano 'santos' y del náhuatl *calli*, casa; *tinacal* < de 'tina', vasija grande de barro, y *calli*, casa; *cristianáyotl*, compadrazgo; *tlacomesa*, media mesa o mesa portátil.

Es notoria la gran significación del uso de los refranes en el idioma español. En México los refranes o dichos hacen uso de muchas palabras que derivan de la lengua nahua. Por lo general, esos refranes andan de boca en boca entre los indios humildes, pobres y sin gran esperanza de una vida mejor. Por esta razón, muchos de los refranes son vulgares; sin embargo, hasta la gente y clase cultas hacen uso de ellos.

Una de las voces aztecas que se emplea mucho en estas expresiones es la palabra *atole*, bebida de maíz cocido, molido y hervido. Es todavía el desayuno de los pobres y el alimento de los enfermos en varias regiones mexicanas de mayoría india.<sup>18</sup> Los refranes son expresivos, v.gr.: "Dar *atole* con el dedo", es decir, que una persona engaña a otra sutilmente; "¡A la culebra *atole*!", significa que es difícil engañar a uno; "Le circula *atole* por las venas", pone en ridículo a quien se refiere, pues sugiere que es cobarde; "Es un pan con *atole*", persona de carácter suave y poco diligente; "si con *atolito* vamos sanando, *atolito* vámosle dando", da a entender que no debemos cambiar de conducta cuando ya vamos alcanzando buen éxito, etc.

La voz mexicana *jacal* < *xa-calli*: *xamitl*, adobe, *calli*, casa, que significa choza, cabaña, no se refiere solamente a una casa de adobes, sino a todo lo humilde en la construcción de adobes, zacates u otros. En los fandangos se canta:

<sup>18</sup> Cecilio A. Robelo, *Diccionario de Aztequismos o sea Catálogo de las palabras del idioma náhuatl, azteca o mexicano, introducidas al idioma castellano bajo diversas formas*. México, Cuernavaca (Cuauhnahuac), Imprenta del Autor, 1904.

“Cupido se fue a comer  
 A la punta de un *nopal*  
 Y le dijo a su mujer:  
 —Esto sí se pone mal;  
 Iglesias vemos caer,  
 Y no ha de caer un *jacal!*”

El dicho “Hemos visto caer Iglesias, cuanto más ese *jacal*” significa que una persona sin valor, pero de buena posición, algún día perderá sus bienes o poder. “No tener un *jacal* donde meterse” quiere decir, no tener rincón para vivir.

La palabra *coyote*, animal cuadrúpedo, dio ocasión a varios dichos y refranes: “Anda como *coyote*”, el que trota cuando camina; “Es más listo que un *coyote*”, la persona que usa astucia para obtener la cosa deseada; “El que tenga gallinas, que las cuide del *coyote*”, el que tenga señoritas casaderas debe vigilarlas para ponerlas a salvo de las asechanzas de los varones, etc.

*Chile*, condimento, dio: “Lo mismo es *chile* que agujas, ... todo pica”, y significa que lo que se juzga como remedio de un mal es igualmente malo; “Lo mismo que *chile* y agua lejos”, es decir, el remedio está tan distante como el efecto del *chile* y del agua; “Se puso como un *chile*”, al ponerse uno colorado de cansancio, vergüenza o cólera.

Estos pocos ejemplos y miles otros son testigos de la sal y del sabor que dan las voces nahuas a los refranes, dichos y proverbios españoles de México.

I. BAR-LEWAW

*University of Saskatchewan, Saskatoon*